

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA IDENTIDAD Y ORIGINALIDAD DE HISPANOAMERICA



Por Graciela Romano



A realidad de Hispanoamérica puede ser abordada seriamente, siguiendo el camino de su historia efectiva y atendiendo a la voz de hombres como Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, etc., generaciones que al despuntar el siglo, emprendieron la recuperación de nuestra cultura, entendiendo que la verdadera independencia hispanoamericana se inicia con la recuperación de más de tres siglos que permanecieron sepultados. Ellos ya reconocieron que la primera tarea de este pueblo, es la de vencer la dificultad de desconocerse, activando la memoria. Del esfuerzo erudito y crítico de estos hombres, vivimos hoy, y éste deberá ser nuestro punto de partida obligatorio.

En el transcurso de su vida, Henríquez Ureña se ve acuciado por el problema de la originalidad e identidad de su pueblo. Esta es la columna vertebral que atraviesa toda su obra, tanto en los aspectos que conciernen a la crítica literaria y a los estudios sobre el lenguaje, como a sus ensayos propiamente históricos y políticos.

Su reflexión está atada al devenir histórico y al análisis de las realizaciones del hombre hispanoamericano en todos los campos; es decir, en el derecho, la literatura, el periodismo, el arte, etc. A partir de esta consideración aparecen dos grandes

temas conectados entre sí; primero, el pasado compartido, y segundo, el proyecto futuro común (lo que él llama la “utopía” de América). Analizaremos brevemente estos dos temas.

LAS RAICES

Cuando se habla de unidad de Hispanoamérica, no se hace referencia a la unidad geográfica o continental, ni tampoco a una unidad política que accidentalmente pueda existir entre las naciones. Más bien nos referimos a la unidad manifestada en un “ethos” particular e irremplazable que tiñe a todas estas naciones, diferentes entre sí, pero unidas en sus respuestas a la realidad y en su modo de habitar el mundo. Henríquez Ureña dice: “No se trata de una raza... ni siquiera de una particular mezcla de razas, sino el resultado de muchas generaciones de hombres de distinto origen que han vivido juntos y bajo las mismas condiciones. Es resultado, como dice Ricardo Rojas, no de un “ethnos”, sino de un “ethos”. Ya Bolívar había reparado en ello: “Nosotros somos —dijo— un pequeño género humano.” Y al emplear la primera persona del plural pensaba, como solía, en toda la América hispánica” (1). Este ethos es el que hace de la independencia de nuestras naciones, por ejemplo, un fenómeno continental. La necesidad de independencia y de constituirse en nación es simultánea. La unidad a que se hace referencia es la clave de nuestra personalidad. ¿En dónde, pues, buscar la raíz de esta unidad? En la historia vivida y compartida.

En 1492 comienza a gestarse Hispanoamérica. Es el fruto del encuentro, choque y comunión de grandes civilizaciones, la española y las indígenas. Podría objetarse el hecho de que Hispanoamérica comience con el descubrimiento, puesto que se conocen grandes civilizaciones en este suelo desde el siglo IV. A lo que se responde que se podría establecer el origen antes del descubrimiento, si se considerase que el indígena en todas sus formas culturales, desde la lengua hasta las formas cotidianas de existencia (comida, cultivo, tejido, etc.) da un estilo de vida inconfundible a la nueva sociedad y conforma el “ethos” del

nuevo hombre. Es decir, es origen en tanto parte fundamental del ser hispanoamericano, junto al español. Pero ninguna de las dos es originaria si se las toma aisladas. Además, por lo que se sabe, hasta el descubrimiento, América no se presentaba como una realidad única, pese a que las grandes culturas se habían expandido bastante. El continente estaba habitado por innumerables pueblos, con distintas lenguas, razas, tradiciones, religión y organización política. Algunos se conocían entre sí, otros eran absorbidos cultural y económicamente por los pueblos indígenas conquistadores, como los incas en América del Sur o los aztecas en México, y muchos no tuvieron nunca contacto entre sí.

El comienzo del Nuevo Mundo y del nuevo hombre estará señalado por el momento en que ambas culturas se enfrentan. ¿Cómo ve el europeo al Nuevo Mundo y a sus primitivos habitantes?

SUEÑOS Y UTOPIAS

Europa vuelve los ojos a América, a través de las cartas del descubrimiento, de los relatos de Américo Vespucio, del *De orbe Novo*, de Pedro Mártir, viendo en ella la materialización de sueños y utopías. La utopía es descubierta nuevamente, junto con el Nuevo Mundo. Tomás Moro la ubica en una isla descubierta por un compañero imaginario de Vespucio, Campanella levanta su *Ciudad del Sol* al sur del Ecuador, en la *Nueva Atlántida* es significativo que se hable en español. Con el renacer de la utopía se renueva el secular contraste entre cultura y naturaleza. ¿Era el hombre bueno por naturaleza?, ¿era el indio el hombre natural? Para toda Europa, con excepción de la Península Ibérica, los indios pertenecen a una especie de edad de oro, sin leyes, libros, jueces, ni propiedad, eran los "naturales", un fruto de la naturaleza incorrupto. Pero mientras Europa debatía estos problemas teóricos, españoles y portugueses se enfrentaban en América al problema práctico del trato con los indios. Para estos colonizadores, los indígenas no eran sólo naturaleza, sino que eran considerados siempre como

vecinos, ya fueran amigos o enemigos, como otros hombres y no como la personificación de la naturaleza. “Solamente en el siglo XVIII, a raíz del descubrimiento de la cultura china, Europa intentó una interpretación de México y Perú. Los españoles que tomaron parte en la conquista y vieron los dos imperios en todo su esplendor, jamás llegaron a dudar de la grandeza de aquellas civilizaciones... Pero esto era el resultado de una experiencia inmediata que al parecer no fue comunicable al resto de Europa.” (2)

Continuando junto al pensamiento de Henríquez Ureña advertimos que la conquista ibérica presenta un carácter peculiar. Pone de manifiesto que esta conquista no se puede interpretar esquemáticamente como un acto de dominación de un pueblo sobre otro. La peculiaridad del hecho en este caso es la siguiente: España fue el único y el primer pueblo que, siendo conquistador, puso en cuestión los derechos de la conquista. El cuestionamiento partió de sacerdotes como fray Antón de Montesino, fray Pedro de Córdoba, Bartolomé de Las Casas, fray Pedro de Gante y muchos otros. Córdoba y Montesino llevaron la discusión a España, y de ésta surgieron las leyes de Burgos sobre la condición de los indios. Las Casas logró con su esfuerzo, en 1542, las Nuevas Leyes, Victoria afirma el derecho de todos los pueblos a la libertad, y el derecho de las naciones a su independencia, Luis Vives declara en el siglo XVI que la división entre guerras justas e injustas es un ardid utilizado por los traficantes de la guerra en su provecho. “Por muchos que hayan sido sus errores, la España del siglo XVI, merece el nombre que Karl Vossler le ha dado de mentora de la ética entre las naciones europeas. Por desgracia, los esfuerzos de Las Casas produjeron otros resultados. Los enemigos del imperio español se apropiaron de sus escritos polémicos, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, para levantar sobre él la leyenda negra de España.” (3)

UN HOMBRE NUEVO

No se puede hablar, simplemente, de trasplante de la cultura europea a América y de su fusión, tal como se daba en España, con la indígena. José Ortega y Gasset, citado por el autor en *Las corrientes literarias*, sostenía que el español se convirtió en un hombre nuevo tan pronto como se estableció en el Nuevo Mundo. El cambio no requirió siglos; fue inmediato y el correr del tiempo no hizo más que reafirmarlo. La característica del español, a diferencia del inglés, por ejemplo, es su capacidad para adaptarse en seguida a los más diversos países. Así se fue constituyendo una nueva sociedad y un nuevo hombre que se diferenciaba y a menudo se rebelaba contra las formas del mundo peninsular.

La raíz hispánica se prolonga desde el descubrimiento hasta después de la independencia dando personalidad y cohesión a nuestro ser; es lo que nos permite, en el caso de la independencia, una toma de conciencia continental. Es lo que ayuda a que se manifieste una conciencia supranacional de los problemas actuales de Hispanoamérica. Desconocer estas raíces que unifican es suicida. La conquista sajona propagó la inutilidad, inferioridad y los vicios de todo lo español en beneficio de las culturas anglosajonas. Enfrentó al indio con el mestizo y a éste con su medio hermano, el criollo de origen español, mientras que paralelamente el liberalismo fue seccionando desde el comienzo la economía de las nuevas naciones. Dice José Vasconcelos: "Entre nosotros, la propaganda desleal de todo un siglo nos afirma el prejuicio antiespañol y la gloria del coloniaje se difama con las palabras: explotación y oscurantismo. Nos enseñaron la lección los viejos rivales del imperio español, y nosotros la repetimos sin sospechar que no sólo tuvo encomiendas Cortés, sino que también fue negrero el mismísimo Washington, libertador de su casta, y no de la extraña. Es decir, menos libertador que Bolívar, y que Morelos y que San Martín." (4)

De este modo, volvemos la espalda a la propia cultura, sumidos en la decadencia moral, fruto de la falta de fe, que es la

que priva de fuerza de resistencia y nos roba el porvenir. Así, nos acostumbramos a ver durante largo tiempo la derrota económica y política como una segunda naturaleza, y pedimos la salvación o el apoyo al extranjero ávido y civilizado que se dirige a nosotros como a pueblos jóvenes y sin experiencia, nosotros que poseemos una tradición formidable de cultura aun antes del descubrimiento.

PROYECTO DE FUTURO

Hemos dado el primer paso en busca de la unidad de Hispanoamérica al señalar un pasado común, daremos el segundo dirigiéndonos al futuro, al proyecto de esta realidad histórica (5). Este proyecto futuro es lo que Henríquez Ureña llama la utopía de América. Aquí el término no tiene el sentido más generalizado que se da a la palabra, de irrealidad, lo despegado del suelo. Por el contrario, el autor connota con este término el despegue espiritual o racional hacia el futuro a partir del suelo, de la realidad efectiva y personalidad de un pueblo. Es a partir de lo autóctono, y no de lo ideal, de lo ya dado, como un pueblo comprende su proyecto y concreta su expresión. Dice H. Ureña: "hay que devolver a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzándonos porque el intento de reforma social y justicia económica no sean el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas sean la razón y la justicia. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea." (6)

CULTURA Y NACIONALISMO

¿Cuáles son los medios para concretar la utopía en América? Para nuestro autor son dos: el primero es la cultura y la educación popular; el segundo, el nacionalismo.

Se habla de cultura que parte de las raíces y el suelo propio de un pueblo. Es la que pone de manifiesto a Iberoamérica como creadora al mostrar a sus hombres su ser y condición. Esta visión se opone a la concepción que ve a Hispanoamérica como un vacío a ser llenado por otras culturas, o bien como naturaleza y no como una realidad humana e histórica.

En cuanto al nacionalismo, H. Ureña se refiere a un nacionalismo más bien espiritual que político. Esto significa que no se trata solamente del nacionalismo que surge de la necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo ante la amenaza que uniforma e instrumentaliza el imperialismo, sino más bien se trata de un nacionalismo espontáneo de todas las horas de un pueblo. Es la manifestación libre y emancipada de la vida de los pueblos, su modo auténticamente esperanzado y creador de ser. No se debe entender esta actitud como cerrazón y odio a lo extranjero, sino como apertura hacia otras culturas desde el horizonte previo de la propia. Agregamos, también, que es la actitud opuesta a la cerrazón y a la indiferencia ante las otras naciones, porque comprender la propia necesidad de ser y de expresarse es entender la de los demás. Este nacionalismo espiritual deberá complementarse con una clara actitud que afirme a nivel político la soberanía de los pueblos iberoamericanos.

Henríquez Ureña ha iniciado, entre otros, la tarea. Las ideas fundamentales de su obra coinciden en armónica síntesis con su vida de hispanoamericano. En él se unen la fe y la confianza en su tierra, con la disciplina y el trabajo que recomienda incesantemente a sus discípulos para traer a la realidad la expresión de Hispanoamérica. Y discípulos de hombres como él nos consideramos todos aquellos que identificamos nuestra realización personal con la de nuestra tierra. Hispanoamérica sólo será por sus hijos.—

NOTAS:

(1) Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. F. C. E., México, 1949.

(2) O. c., pág. 26.

(3) O. c., págs. 24 y 25.

(4) Vasconcelos, José. Bolívarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos, Ed. Ercilla, Biblioteca Americana, Chile, 3.a ed., 1937. pág. 73.

(5) Henríquez Ureña. Plenitud de América. Ensayos escogidos. Peña del Giudice Editores, Bs. As, 1952.

(6) Henríquez Ureña. La utopía de América. En Plenitud de América. Peña del Giudice Editores, Buenos Aires, 1952, pág. 13.

GRACIELA ROMANO: Escritora argentina contemporánea, autora de importantes ensayos sobre alta literatura, como el que reproducimos en este número.